

LA ROTA  
DE  
RONCESVALLES.

---

COMPOSICION LAUREADA CON UNA MEDALLA DE PLATA  
REGALO DE LA SOCIEDAD EUSKARA DE NAVARRA,  
EN EL CERTÁMEN CELEBRADO EN LA CIUDAD DE PAMPLONA  
EL DIA 13 DE JULIO DE 1882,  
BAJO LOS AUSPICIOS  
DEL EXCELENTÍSIMO AYUNTAMIENTO DE LA MISMA.



PAMPLONA:  
IMPRENTA DE ROMAN VELANDIA,

San Nicolás 17.

---

1882.

LA ROTA  
DE  
RONCESVALLES.

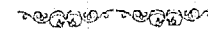
---

100  
85

A la Excm. Diputacion Foral  
y Provincial de Navarra.

Y AL

Excmo. Ayuntamiento de Pamplona.



# LA ROTA

DE

## RONCESVALLES.

Dichosos mil veces los que, recordando las circunstancias de su origen, hacen de la independencia de la patria noble y santa virtud, cuya figura destacase siempre magestuosa en el sagrado templo de los héroes.

I.

### EL DESPERTAR DE LOS BRAVOS.

«Caiga ante mí la colosal grandeza  
de todo pueblo que mi afan provoca,  
y al sordo grito de mi grey bizarra  
de uno en otro confin tiemble la Europa.

Triunfos predice mi constante suerte,  
ciño el laurel que á los valientes orna,  
sumiso el yugo aceptará el esclavo  
que comprenda lo insigne de mi gloria;  
y el orbe entero á mi poder rendido,  
sin otras leyes que su mal socorran,  
será escabel á la ambicion soñada  
que dé más brillo á mi imperial corona.

¿Quién me puede atajar? ¿Que pueblo existe  
que ante mis huestes su corage oponga

y alze su voz, cuando mi augusta enseña  
por todas partes sin cesar tremola?»

Esto dijo aquel rey, lleno de orgullo,  
cuya ciega altivez los francos nombran,  
sin advertir, quizás, que hay muchos pueblos  
nobles y libres que á luchar se arrojan  
cuando, traidor, el que su mal desea  
pisa el hogar que independiente mora,  
y un solo nombre con placer bendice:  
el de ese Dios que en su defensa invoca.

¡Necia y ruin ambicion!..... ¿cómo pretendes  
fácil lograr con tu arrogancia loca  
la esclavitud de quien vivió jurando  
ser siempre libre ó perecer con honra?

¿Cómo intentas vencer al que ha vencido  
y herir, cobarde, al que entre enhiestas rocas,  
sin extraño señor que le sujete,  
ni infame ley que su valor deponga,  
orgullosa y altivo por doquiera,  
y al mantener su independencia hermosa,  
gigante al fin por su furor probado  
hizo suyo el laurél de la victoria?

No es el reptil que entre las sombras hiere  
y se arrastra vertiendo su ponzoña  
quien logra hacer que con su inmundo paso  
muestre temor él que el peligro arrostra;  
pues siempre acecha al adversario infame  
el pueblo libre que doquier que asoma  
hunde en el polvo la cobarde frente  
que, vil y airada, la ambicion denota.

Escalar la montaña en donde anida  
el valor sin igual de la Vasconia  
sólo es empresa que el delirio insano  
puede, necio, forjar si se le antoja.

Mas ¡guay! de aquel que sus senderos pise;  
¡guay! del que intente en su ilusion tal obra;  
porqué al subir con temerario empeño  
dó su morada el montañés coloca;  
si acaso el filo de potente lanza  
pronto en el llano su furor no acorta,  
riscos habrá que al desgajarse humillen  
la torpe grey que á su nacion retorna.

No pensó Carlo-Magno que su estrella  
se eclipsára al cruzar desde Pamplona  
la montaña gigante en donde vive  
todo el valor que á los navarros sobra;  
ni que aquellas legiones tan bizarras,  
del insigne laurel conquistadoras,  
humillasen su esfuerzo ante el empuje  
de una raza valiente y poderosa.

No pensó que en las cumbres del Pirene,  
muro eternal que la ambicion sofoca  
de extrañas gentes, el valor sublime  
de todo un pueblo sin cesar retoña;  
y que ese sol, cuyos brillantes rayos  
la blanca nieve de las crestas doran,  
es más rico de luz cuando ilumina  
la santa y noble libertad vascona.

Fundador de la rama Carlovingia,  
no esperes, nó, que tu imperial carroza

huelle el santo lugar donde hay mil bravos  
que el arma empuñan con valor que asombra;  
no esperes, no, con tus triunfantes huestes  
uncir al yugo que aceptaron otras  
esta noble nacion, que aun no ha sabido  
cual las cadenas de su mal se forjan.

Donde es virtud sacrificar la vida  
cuando el tirano su poder pregona;  
donde hay más sed de libertad preciada  
cuanto es mayor el lauro que se logra;  
donde á falta de muro hay nobles pechos  
que su coraje y su furor no agotan;  
donde peñas y riscos se levantan  
para ahogar la altivez de cien coronas;  
y en donde el viento al desplegar sus alas,  
con voz terrible que el espacio asorda  
y hace al mundo temblar mientras se agita,  
lleva siempre doquier cantos de gloria.

Desde el Oder al Nabb; de el Pirinéo  
hasta Hungría y Bohemia, la Franconia  
que obedece tu ley, no mas comarcas  
puede humillar con sus guerreras tropas;  
y si acaso pretendes que el hispano  
doble ante tí la frente valerosa;  
si acaso sueñas que tu grey conquiste  
lo que supo librar en Covadonga  
el indómito astúr, ten muy presente  
que hay otro pueblo que el afan malogra  
de todo aquel que en su ambicion bastarda  
su altivo cetro á las Naciones roba.

Acaudilla á tus francos que obedecen  
la augusta voz que á repetirse torna  
cuando el placer de conquistar la Iberia  
seduce, acaso, tu ambicion pasmosa.

Deja el reposo que á la mente place,  
cabalga en tu corcel, ciñe la cota,  
blande el rudo lanzon que en cien batallas  
espanto fué de la abatida Europa;  
manda á tus huestes que el Pirene crucen,  
favorece al Wali de Zaragoza,  
traspasa el Ebro; tu poder gigante  
lleva al confin de la ultrajada zona  
donde el Coran es ley; mas si en Navarra  
tu necio orgullo demostrase logra;  
si altivo aspiras al laurel soñado  
que asaz infame la arrogancia adora:  
¡guay! el Magno de tí; porqué aun existe  
quien al saber lo que tu mente forja,  
con la ayuda de Dios, que al bueno ampara,  
doquier predice tu ejemplar derrota.

De un vasto imperio la diadema ciñe  
el que envidia á Alejandro sus victorias;  
el que al valor de su potente raza  
une el saber que la verdad trasforma.

El que ha soñado esclavizar al mundo,  
y al obtener los triunfos que ambiciona  
juzga fácil empresa el ser tirano  
y orgulloso oprimir la tierra toda.

Por esto mismo, al contemplarse dueño  
de abyectas razas que su honor desdoran,

y humildes besan el infame yugo  
que al pueblo esclavo la ambicion apropia,  
con rumbo á España sus legiones guia;  
pues no presume que al tocar la gloria  
haya indómita grey que entre sus broñas,  
recuerde al libre que el temor deshonra.

De luz preciada que los campos tiñe  
y el lejano horizonte tornasola  
cuando al limpio brillar del primer rayo  
sus galas muestra la naciente aurora,  
nuevo fulgor la codiciada tierra  
al atónito franco envia ansiosa,  
mientras que el éco murmurando gime  
del triste sauce en las tupidas hojas.

Nubes de azur y de záfir envuelven  
las graníticas cumbres que coronan  
la afligida Nacion que halló su mengua  
de un turbio rio en las revueltas ondas;  
y si el murmurio de las auras ledas  
por un instante en su dolor reposa;  
si el continuo gemir de todo un pueblo  
calla, letál, sus lastimeras notas,  
luego lo vago del pesar que anuncian  
se oye doquier que el estandarte flota  
del guerrero muslin, cuyas mesnadas  
la sangre iberá á derramar se agolpan.

Ya pasa el Ebro Carlo-Magno altivo;  
ya de Aragon en la comarca hermosa  
se detiene feliz, cuando sus francos  
clamor de guerra repitiendo gozan;

y de César-Augusta en los umbrales  
servil vasallo á su poder se postra,  
mientras de hinojos la ciudad recibe  
la torpe ley que su furor sanciona.

Nuevo triunfo alcanzaste; otro monarca  
rindió ante ti su autoridad grandiosa,  
otro pueblo, humillando su corage,  
besó tu pié que la ignominia arroja;  
y gozoso al mirar tanta vileza,  
ébrio de orgullo hácia la Francia tornas,  
sin mirar que delante de tus huestes  
sañuda, al fin, la tempestad se forja.

No desprecies lo humilde del que sabe  
cuánto el valor y el heroismo logran  
para obtener la sin igual fiereza  
de todo pueblo que el peligro arrostra;  
pues si la luz que el horizonte baña  
miras trocar en impalpables sombras;  
si el magnífico sol que te ilumina  
lo ardiente apaga de su lumbre roja;  
si el grito vengador de la bravura  
despierta al libre que en furor rebosa;  
si los picos que crizan el Pirene  
de vascones valientes se coronan:  
rayos habrá que al descender del cielo  
venguen el mal que tu ambicion reporta,  
y agudas lanzas que, al matar terribles,  
desbaraten tus huestes triunfadoras.

. . . . .  
. . . . .

«¿Qué murallas son esas que se oponen  
al libre paso de mi franca tropa,  
y altivas retan el poder temido  
que dicta leyes y costumbres borra?»

¿Qué pueblo es ese que mi honor difama  
y así menguado su ciudad inmola?»  
digiste ¡oh! rey; y al contemplar con ira  
los muros que resguardan á Pamplona;  
creyendo insulto la intencion bizarra  
que nunca cede á la perfidia ignota,  
en escombros la piedra convertiste  
que impuso miedo á la triunfante Roma.

Mas el polvo que cubre tu grandeza  
y asáz revuelto en los espacios flota,  
cual negra nube de terror preñada  
que sus furores sin cesar desborda,  
sobre tí ha de caer; porque há sonado  
la voz sublime que á luchar convóca  
y otras piedras te aguardan en su asiento,  
con sangre vil para tornarse rojas.

Fácil, quizás, la retirada crées  
porque esos muros que tu paso estorban  
derruidos están; ¡necia locura!....  
¡delirio insano que tu mal provoca!

¿No ves que hay pechos que el valor no extinguen  
y almas de hierro, que al sufrir ansiosas,  
guardan su furia hasta vengar la ofensa  
que insulta horrible su altivez notoria?

¡Sus!... vascones; al arma; en vuestras cumbres  
vibre el acero que los triunfos logra,

que á la ambicion y á la perfidia hiere,  
que al mundo impone y al tirano asombra.

De montaña en montaña un solo grito  
se repita al confín de la Vasconia,  
y en todas partes, con vibrantes ecos,  
resuena al cabo la guerrera trompa.

Que el anciano y el niño y el mancebo  
dejen su hogar y la quietud que gozan  
para hundir entre el polvo de los valles  
la inicua ley que el invasor pregona.

Y ese cielo que alumbra la grandeza  
de una raza valiente y generosa,  
mande tambien sobre las huestes francas  
todo lo horrible que el furor conozca.

---

## II.

### ALTOVISCAR.

---

Susurra el aura que en el monte gime,  
dolientes écos su rumor esparcen,  
ténue y límpida luz baja del cielo,  
las sombras huyen, la mañana nace.

Quiebra un rayo de sol en la alta cumbre  
que el vásco pisa en su valor gigante;  
desciende al valle su cancion hermosa  
que á Dios saluda con acento suave.

Su azul destaca la brillante esfera,  
la fuente copia su bendita imágen,  
la luz sonríe en su arrebol primero,  
su vivienda de amor dejan las aves;



medrosas nubes al volar ligeras  
muestran lo sutil del nevado encage;  
himnos de gloria por doquier repiten  
los dulces ecos que el Pirene invaden.

Y allá en la altura, el montañés sediento  
de atroz venganza y de extranjera sangre,  
que, aunque gota tras gota el monte llene,  
saciar no puede su feróz coraje,  
el paso acecha de la hueste altiva  
que, al verse libre en el profundo valle,  
juzga obtener la retirada ansiosa  
que un nuevo triunfo á su poder alcance.

Pero el canto de guerra, repetido  
de pueblo en pueblo, á los vascones place;  
y al escalar las solitarias breñas,  
dó los rayos del sol fúlgidos caen,  
el arma afilan que brillante luce,  
y que al herir al invasor infame,  
por el valor en rayo convertida,  
logra el laurel del inmortal combate.

Las graníticas rocas que se asientan  
allá en el monte, para el vasco fácil,  
para el torpe invasor inaccesible,  
tiemblan al grito que ensordece el aire;  
y por doquier, cual si el insulto viesan  
que el ciego encono y la ambicion cobarde  
á una raza dirigen, cuya gloria  
jamás, altiva, se humillò ante nadie;  
trastornando la ley que al mundo rige,  
se aproximan, se enlazan, se contraen;

para que así con su valor guerrero  
el temible vascon, que luchar sabe,  
que su preciada libertad defiende,  
que al bravo humilla y el poder deshace,  
con mas empuje y prontitud las venza,  
consiguiendo su triunfo al derrumbarse.

Vedlos allí, de su heroismo en alas,  
cual los valientes á las cumbres salen  
para vengar con la derrota insigne  
la afrenta inicua que el francés les hace;  
ved cual empuñan el tajante acero  
antes que el vil su independencia arranque,  
y cual sus ojos con mirar sombrío  
investigan el fondo de los valles.

De Altoviscar los riscos que el sol hiere  
se coronan de vascos indomables,  
cuyo brio y arrojo nunca cuenta  
la fuerza altiva que el contrario tráe;  
pues si en número, al fin, son pocos ellos,  
para hundir su poder tienen bastante;  
que al sublime valor de un pueblo libre  
que ha jurado vencer, nada hay que iguale.

Y á medida que el sol lleva su lumbre  
á la zona feliz donde reparte  
su hermosa luz, que como nunca alegre  
en límpidos fulgores se deshace;  
á medida que el grito de Vasconia,  
de angustia lleno, en derredor se esparce  
para evocar al montañés que habita  
dó el águila caudal sienta sus reales;

mas el estruendo en Altoviscar crece,  
mas el rumor de la venganza sabe  
con furia horrible enardecer los pechos  
que por la fé del heroismo laten;  
y en cada peña que el navarro escoge,  
cual fuerte muro que el valor resguarde,  
brotó un éco entusiasta que repite  
el eterno laurel de Roncesvalles.  
Nunca el digno valor de pueblo alguno  
con tan noble altivéz supo mostrarse;  
nunca la fé que el entusiasmo alienta  
al guerrero vascon hizo tan grande;  
nunca el brazo esgrimió con tanto empuje  
el duro hierro, que al lucir brillante  
causa estrago sin fin; nunca la muerte  
con tanta furia se cernió en los aires;  
ni jamás ese mundo, que presume  
de invencible poder en los combates,  
supo un triunfo lograr como el que insigne  
la Vasconia registra en sus anales.

Nada importa que el franco en su locura  
se muestre altivo y confiado marche  
por el facil sendero, en donde mora  
lá deshecha ilusion de otras edades;  
nada tampoco que su planta guie  
la villana traicion, ni que al ultrage  
con que supo insultar nuestro decoro  
no responda el castigo formidable;  
porqué es preciso que su marcha empeñe  
donde el número inmenso poco vale,

donde solo el valor el triunfo logra,  
donde anida la muerte á cada instante;  
y cuando allí desprevenido llegue  
con sorpresa hallará quien no desmaye,  
para hundir sin tardanza al ambicioso  
que á su inicuo poder quiso humillarle.

Redobla el brio el que impaciente espera  
que la odiada legion al fondo baje  
del estrecho canal, donde imposible  
se hace el querer que la estrategia guarde;  
donde solo el valor, que nunca cede,  
la victoria consigue; en donde nadie  
puede intentar huir si atemoriza  
ciego el furor del imprevisto ataque;  
y á donde ruedan sin cesar mil rocas,  
que en infernal estruendo al desgajarse,  
llevan tras si la muerte que se ceba  
en todo aquel que la Vasconia invade.

Mas ya llega el francés; ya entre sus huestes  
se distinguen los nobles capitanes  
que hasta entonces vencieron y pregonan  
al esclavo servil su triunfo facil;  
ya de sus blancas cotas y sus yelmos  
chispas arranca el sol que, en luz radiante,  
baña el sacro lugar en que reside  
la hermosa libertad de nuestros lares;  
y ya tambien el venerando grito  
de gloria, honor é independencia, esperece  
la mortal inquietud entre esas tropas  
que en vano esperan que su rey las salve.

Vibra potente al fin en la alta cima  
de ese monte sagrado y memorable,  
que es nuestra honra mayor, todo lo horrible  
del duro encono que en el alma yace;  
y á una señal del montañés más fiero,  
que el triunfo anhela que á su pátria ensalce,  
todos sin dilacion desde Altoviscar  
con bravo empuje sobre el franco caen.

Rota la union que Carlo-Magno ordena,  
sorprendidas sus huestes, vacilantes  
los que vienen detrás, y acometidos  
con frenético ardor por todas partes,  
ni se pueden mover, ni uno tan solo  
de los que el puesto del peligro saben,  
libremente acudir logra en auxilio  
de aquel que lucha y sin cesar decáe.

En confuso tropel que no concluye  
mira el navarro al invasor cobarde  
que en su suelo posó la planta altiva  
con loco orgullo que la muerte abate;  
y por doquier que embravecido hiere,  
doquier que busca al que infirió su ultraje  
solo encuentra temor, y el esterminio  
sus armas llevan al contrario infame.

En los lábios el grito que enardece,  
fuego en los ojos que lucientes arden,  
rabia en el corazon, brío en la diestra,  
bravura insigne que alentar no cabe;  
heroísmo en el alma que atesora  
la preciada virtud de este linaje

que se juzga feliz, porque entre libres  
no hay ninguno, quizás, que le aventaje;  
y teniendo por norma en la batalla  
antes morir que envilecer su sangre,  
el ilustre vascon muestra á los mundos  
lo que alcanza su arrojo formidable,

De improviso las huestes invasoras  
á la voz de sus jefes se rehacen;  
y asaz pensando que el ceder denigra  
y es forzoso el luchar en todo trance,  
cargan sobre el vascon; mas por doquiera  
que este en su arrojo y su fiereza cae,  
alentando el enojo de su pecho  
porqué el bélico ardor nunca desmaye,  
con más furia el combate se encrucece;  
y el monte todo al repetir los áyes  
del que en torno sucumbe, airado muestra  
su temible poder siempre triunfante.

El estrago se aumenta; el aire cruzan  
bandas de buitres que al oler la carne  
de su inmundo festin, con los despojos  
se ensangrientan de rígidos cadáveres;  
y la lumbre del sol que baña el cénit  
finje lúgubres tintas, cuya imágen  
más espanto y horror causa al que muere  
maldiciendo su orgullo abominable.

¿Dónde la fuerza está de aquella hueste  
que liviana cruzó nuestras ciudades  
sin comprender que en Altoviscar vive  
quien de toda ambicion logra vengarse?

¿Donde el noble laurel que en cien batallas  
ornó á sus sienas el tirano infame,  
que soñando oprimir la Euskara tierra  
deshecho mira su poder jigante?

Ya es inútil intento el que los suyos  
en la lucha tremenda le acompañen,  
ya es inútil tambien que les anime  
y apostrófe su mengua miserable.

Todos al ver que los navarros vencen  
se acobardan, se humillan, se retraen;  
y en informe monton, que se asemeja  
del iracundo mar al oleaje,  
abandonan el sitio en que á su antojo  
los vascones vertieron á raudales  
la sangre áltiva, que al correr pregona  
cuánto el poder del heroismo vale.

Lanzas, yelmos, broqueles, banderolas,  
armaduras, escudos y estandartes  
llenan aquel lugar, donde potente  
luchó una raza en que el temor no cabe;  
y los ecos del monte al mundo entero  
gritan con ronca voz, que mientras hallen  
tanto esfuerzo los déspotas que humillan,  
nunca á Vasconia el domeñar es fácil.

Porque el muro viviente en que se embota  
todo el hierro-servil de los que invaden,  
ni se puede romper, ni se destruye  
quando sobra el valor para elevarle.

III.

EL TRIUNFO DE LA VASCONIA.

Nubes de grana y de záfir envuelven  
el puro cielo, cuyo azul refleja  
la hermosura eternal del infinito  
que en suaves goces nuestras almas sueñan.

Ya declina la tarde; ya á su ocaso  
pálido el sol con lentitud se acerca,  
y á su nido volando presurosa  
busca el ave gentil su compañera.

Blando el perfume de la flor humilde  
en álas de los céfros se eleva,  
y murmuran las auras de los valles  
dulces cantos de paz que nunca cesan.

Ya el guerrero vascon, depuesta el arma  
que rayo ha sido de la lid sangrienta,  
de Altobiscar descende, y orgulloso  
al tierno amparo de su hogar regresa.

Ya los hazes de luz que el sol envía  
no alumbran tristes la nefanda guerra,  
ni los écos que invaden la montaña  
la ronca voz del esterminio llevan.

Solo allá, en las alturas, muy lejano  
se oye un clamor que la Navarra entera  
se complace en oír, porque pregona  
el triunfo insigne de su gloria excelsa,

De esa gloria que vive eternamente,  
que no se empaña, que el valor renueva,  
que sublima la fè, que al mundo todo  
cual se combate á la ambicion enseña;  
y que al lucir con refulgentes rayos,  
que siempre el brillo de su lumbre muestran,  
dice ufana doquier como se lucha  
si pelagra la santa independenciam.

Con qué dulce sonrisa en su morada,  
lleno de afan, el montañés penetra;  
con qué gozo respira al verse libre  
sin que el tirano á su poder le venza.

Con qué estraño fulgor miran sus ojos  
la luz bendita de su hermosa tierra,  
y cual, postrado, con su amante esposa,  
pide á la Virgen que su hogar proteja.

Es la oracion que de sus labios sale  
y hasta el trono de Dios sumisa llega,  
rica fuente de bien con cuyo halago  
el placer de la vida se acrecienta;  
pues no en vano la fè que un pueblo ensalza  
hace feliz al alma que la alberga,  
si los preciados dones que concede  
mayor ventura al corazon reservan.

Ella imprime valor al pecho honrado  
que por su patria y por su honor peléa;  
ella logra que el brazo enardecido  
al flamígero escudo dè mas fuerza;  
ella aumenta el corage, ella tan solo  
consigue el lauro y la victoria inmensa

donde canta sus triunfos el que sabe  
potente erguir su valerosa enseña;  
y ella al pueblo que es bravo y que ambiciona  
ser siempre libre ó perecer sin mengua,  
dá el temido poder, donde las iras  
de la impiedad y la ambicion se estrellan.

Por eso el vasco, al dirigir al cielo  
en todo instante su oracion mas tierna;  
por eso al saludar al Dios que adora  
y á quien, siempre feliz, con ansia ruega;  
pide, lleno de afan, que no abandone  
la pátria insigne que el valor revela.  
y es mas grande, quizás, cuanto mas dichas  
de dulce halago en su recinto muestra.

¿Quién te puede igualar ¡Oh! pátria hermosa,  
en virtudes, en nombre y en grandeza?

¿Quién no envidia tu gloria? ¿Quién no canta  
los magníficos triunfos que recuerdas?

¿Qué otro pueblo del Orbe en sus anales  
guarda el lauro inmortal que tú conservas;  
y que brava Nacion, que en tí se inspire,  
valerosa no rompe sus cadenas?

Tú, que al alto Pirene volar sabes  
cuando el grito de huestes extranjeras  
turba el reposo del hogar tranquilo,  
que es firme valladar de la insolencia;  
tú, que añas el arma vengadora  
cuando el tirano á tu mansion se acerca,  
imprudente juzgando que su yugo  
puede oprimir tu embravecida diestra;

tú, que luchas con ansia ante el empuje  
siempre feróz de numerosas fuerzas,  
y entre rios de sangre hundes bizarra  
la torpe grey que tus quebradas huella:  
dí á ese mundo que atónito te admira  
y que absorto de espanto te contempla,  
como se vence la ambicion cobarde  
que juzga altiva esclavizar la tierra.

De tu triunfo el recuerdo que enardece  
febril corage sin cesar despierta,  
en fuego patrio el corazon inflama  
y el alma noble en entusiasmo alienta.

Nadie es capaz de comprender lo horrible  
de tu inmenso valor, cuando en las breñas  
de ese monte gigante que te escuda  
desafias la rabia de los déspotas;  
y nadie, en fin, que tu ansiedad provoque,  
con tono altivo que el furor demuestra,  
vuelve impune al parage en que ha nacido  
si conoce tu indómita fiereza.

¡Oh! Vasconia gigante; ¡oh! pátria mia;  
con que orgullo recuerdo tus proezas;  
con que célico ardor mi labio canta  
y cual lo hermoso de tu luz me ciega.

Es tanto amor el que mi pecho agita  
cuando el alma en tu culto se embelesa;  
tanta la inspiracion que me enardece,  
y tan grande el placer que me enagena:  
que si, humilde quizas, la lira calla  
por lo pobre del canto que en sí lleva,

al solo nombre de tu insigne gloria  
ya nunca puede enmudecer mi lengua.

---

Arturo Cayuela Pellizzari.

Pamplona 22 de Junio de 1882.



